

Repensar el Norte: la Gran Chichimeca

Diálogo con
◆ Andrés Fábregas

Una de las más importantes tareas de todo historiador (desde la historia como disciplina) es cuestionar reiteradamente los supuestos interpretativos sobre los que su saber y su discurso se construyen. Pocas ocasiones, sin embargo, se presentan para interrogar, de manera fundada y pertinente, modelos que por su amplitud repercuten sobre esquemas globales de interpretación histórica. Estas oportunidades pueden proceder de grandes hallazgos individuales (la piedra Roseta seguirá siendo uno de los más emblemáticos), como también de esfuerzos interdisciplinarios de investigación.

Este es el caso de la propuesta que sintetiza la expresión “Gran Chichimeca”.

Considerando los horizontes que esta propuesta abre sobre la lectura y escritura de nuestra historia y presente, en *Takwá* quisimos abrir un diálogo con especialistas que han asumido el reto de trabajar desde la perspectiva de considerar a la Gran Chichimeca como una región cultural para el pasado como para el presente.

El primer acto de este diálogo tuvo lugar en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara el pasado cuatro de diciembre de 2004 y en él contamos con la presencia de Javier Maisterrena y Andrés Fábregas.

El segundo acto —y seguramente no el último— es el que puede encontrar el lector en estas páginas que transmiten nuestro encuentro con Andrés Fábregas, reconocido antropólogo, investigador de la Universidad de Guadalajara, coordinador del Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca (SEPECH) y, desde hace unas cuantas semanas, rector de la Universidad Intercultural de Chiapas.

Aceptó Andrés Fábregas responder a la provocación al diálogo elaborada por la redacción de *Takwá*.

Esta provocación se centró en el cuestionamiento de una de las continuidades del imaginario histórico de nuestro país, acerca de la definición y descripción de quiénes hemos sido históricamente los habitantes del actual territorio nacional y de sus territorios históricos. Hasta hace pocos años, en la abrumadora mayoría de las respuestas que se daban a esta pregunta de quiénes somos, se compartía una distinción de fondo entre los territorios de base poblacional sedentaria, situados de una manera general del altiplano hacia el sur, y los territorios al norte del altiplano y sin límite boreal fijo, en donde el nomadismo y el semi-nomadismo fueron durante siglos las formas dominantes —y en algún momento únicas— de ocupación del territorio. Bueno, esta distinción hecha sobre el territorio atañe, evidentemente, a los pobladores del mismo y hace de esa frontera una línea divisoria entre —para retomar los términos célebres de Sarmiento— “civilización” y “barbarie”.

Esta continuidad de interpretación de nuestra historia es una de las más persistentes, de las más ancladas, de las más inmunes al paso del tiempo y a las transformaciones políticas y también es, probablemente, una de las más antiguas interpretaciones históricas y una de las pocas que nace de una visión prehispánica y se mantiene prácticamente inalterada. En efecto, la identificación de los pobladores nómadas y semi-nómadas situados al norte del altiplano central como bárbaros incivilizados se la debemos en primera instancia a aquéllos que, estando asentados en dicho altiplano, les temían y nunca lograron someterlos ni hacerles pagar tributo alguno. Es decir, la reducción de una multiplicidad de pueblos al peyorativo “chichimecas”, que expresa su calidad de salvajes guerreros indómitos, recuerda el legendario desprecio y temor de los antiguos romanos, y ya de los griegos, frente a aquellos pueblos igualmente guerreros, nómadas e insumisos que en otras latitudes y épocas terminaron haciendo caer al decadente pero muy histórico Imperio.

Entonces, llama poderosamente la atención la manera completamente acrítica en que los vencedores militares, culturales y políticos del imperio mexica y de sus aliados retomaron la visión que sus vencidos construyeran de aquellos nómadas como una masa indistinta de salvajes. Aunque algunas crónicas reconocen la existencia de una importante diversidad étnica y lingüística, la visión hispánica terminó también adoptando el término reductor “chichimeca” como sinónimo de incivilizado, cuando no incivilizable, irreductible, reacio a recibir los “beneficios” de la cristianización, en una palabra: salvaje. Una cosa parece segura: al norte del altiplano los invasores no encontrarían aliados. Por otro lado, la consolidación de una visión estandarizada también parece indiscutible. Enton-

ces, ¿podemos hablar de aculturación? Los españoles vieron a los pueblos del norte con ojos mexicas.

Sorprende tal vez menos la continuidad en la lectura que sobre el punto hace la historiografía nacionalista decimonónica. La misma versión repercute en la historiografía del México post-revolucionario. En suma: la interpretación no es afectada por los cambios políticos, por violentos o radicales que éstos sean.

Vuelve a resultar sorprendente la presencia casi intacta de la lectura mexicana de ese “otro” en la académica propuesta de Paul Kirchoff, que introduce en los años cincuenta el ahora tan conocido término “Mesoamérica”. Más allá de todas las reconocidas virtudes de la idea de Mesoamérica, también se tiene que recordar que la idea de Mesoamérica descansa sobre su contraparte, que es el reconocimiento de “Áridamérica” y “Oasisamérica”, regiones también caracterizadas por la presencia de población nómada y seminómada. Como consecuencia de la adopción generalizada de esta terminología —y eso se constata fácilmente— el “otro” que habita estas regiones vuelve a ser o no ha dejado de ser salvaje, violento e implícitamente inferior al mesoamericano, por su incapacidad supuesta para desarrollar grandes centros urbanos, reconocidos y consagrados por una nueva academia como sitios arqueológicos clasificados —y por ende clasificados en el presupuesto—. Es decir, ese otro es, en una palabra, “chichimeca”.

Esta continuidad de interpretación es, a nuestro parecer, la que en primera instancia viene a cuestionar el concepto de La Gran Chichimeca, y a partir de ese cuestionamiento es que surgieron una serie de interrogantes que propusimos a nuestro interlocutor para dialogar *En Takwá*.

Por otro lado, dada la expectación suscitada por el tema entre el público, y debido a lo corto del tiempo, varios días después la Redacción de la revista se reunió con Andrés Fábregas para ampliar las reflexiones hechas en el evento, mismas que presentamos a continuación:

Andrés Fábregas (en lo sucesivo A.F.)

Muchas gracias a Elisa Cárdenas y a la revista *Takwá* por la invitación, pues consideramos muy oportuna la idea que tuvo de organizar esta discusión. Apenas en septiembre celebramos la segunda reunión, digamos oficial, del Seminario¹ con mucho éxito en Aguascalientes, de manera que la mesa redonda en la FIL y ahora esta plática vienen a ser como el colofón de aquella reunión.

¹ | Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca.

Leí las provocaciones, primero en mi computadora, y después las imprimí pues tuve que hacer un viaje a Palenque. Y entonces en aquel lugar tan distante de los chichimecas me senté a pensar en las provocaciones una tarde lluviosa, como son casi todas las tardes palencanas, y lo primero que me saltó de las provocaciones es que está muy claro cómo hay una continuidad de un punto de vista que efectivamente inventan los mexicas. Esta es una primera provocación importantísima para todos nosotros, porque desde la antropología se ha tendido a romantizar la historia indígena y a partir del primero de enero del 94 esto se consolidó muchísimo. Todo lo que viene de los pueblos indios de México es bueno, y todo lo que viene de la parte mestiza es perverso. Es una visión maniquea de la sociedad y de la historia, y hay que sujetarla a la crítica.

Y efectivamente, los mexicas, para renunciar a su pasado, para darle la espalda a su pasado, que es un pasado chichimeca, inventan el término; más que el término, inventan un concepto, que hace de los pueblos que están al norte de ellos, al norte del ombligo del mundo —como México es el ombligo del mundo— pueblos incivilizados. Y usaban un argumento que ahora nos causa risa, pero que en aquel momento era un argumento crucial. El argumento era: que los chichimecas no sabían hacer tamales, y menos comérselos. Sí, nos causa risa, efectivamente, pero es que hacer tamales era toda una transformación de la naturaleza. Un conocimiento impresionante de la naturaleza. Era como el resumen de una historia cultural. Era decir que los chichimecas no estaban capacitados para crear cultura.

Y lo que me parece a mí muy importante es que revisemos esa historia de ocupación de los valles centrales de México, que nos aboquemos realmente a entender que en el origen de estas ocupaciones de los valles centrales está una miríada de pueblos que vienen bajando del norte, y que no son otros más que los que después fueron llamados los chichimecas. Y si revisamos a Fray Bernardino de Sahagún de nuevo, encontraremos un pasaje muy impresionante que él transmite, en donde se nos relata cómo Moctezuma el primero, Moctezuma Ilhuicamina, llama a los sabios mexicas de aquel momento, y reunidos les dice: “Tenemos que reconstruir nuestra historia, porque pasamos todavía como chichimecas en el valle de México, y eso no puede ser. Entonces hay que borrar esa historia de pasado chichimeca y construir otra historia; la

historia de que somos el pueblo civilizador de México, de que somos los constructores de la gran Tenochtitlan”, y ordena a los sabios que usen sus facultades extraordinarias, sobre todo la creencia en el nagualismo, es decir, el poder transformarse en animales. Hay una parte preciosa, en donde dice el padre Sahagún que dice Ilhuicamina: “váyanse transformados en águilas, váyanse transformados en jaguares y regresen con la nueva historia del pueblo mexicano”. Esta es una primera cuestión: la propia historia azteca, que es medular para poder entender a este país, sin duda alguna, es una historia también de etnocentrismo, como es la historia de casi todos los pueblos. Si en la actualidad preguntamos a un tojolabal cómo se llama a sí mismo, sin ningún recato el tojolabal contestará “el hombre verdadero. Sí, nosotros somos los hombres verdaderos”. Y si le preguntan a un tzotzil, les contestará exactamente lo mismo, “nosotros somos los hombres verdaderos”. Hay, por cierto un libro maravilloso de Carlo Antonio Castro, este extraordinario antropólogo salvadoreño que trabaja en la Universidad Veracruzana y que radica en Jalapa, que se llama así, *Los hombres verdaderos*.²

Bien, entonces esta es una primera cuestión, cómo un prejuicio nace también de una historia, de una historia de ocupación, una historia de peregrinación, una historia de migraciones que vienen del muy profundo norte, y que van a tener un resumen en este ombligo del mundo que es el Anáhuac; el Anáhuac, que es el centro de nuestro país hoy. Esa es una primera cuestión. Los chichimecas son, como decían en sus provocaciones, los otros, los diferentes, los que no son como nosotros. Y de ahí la idea de que los que no son como nosotros, son salvajes, y qué mayor prueba de salvajismo que el que no puedan hacer tamales. Ahí encontraron los mexicas la prueba máxima de este salvajismo.

Takwá

¿Podría pensarse que esa continuidad del imaginario histórico de la que hemos hablado líneas arriba ha permeado el ámbito académico? ¿Qué supone para un investigador hoy día dedicarse al estudio de los “chichimecas”, de los “salvajes”? ¿Cuál es el lugar que ocupa dentro de la academia?

² | Jalapa, México, Universidad Veracruzana, 1959.

Efectivamente, es muy importante ver cómo se deriva de aquí también a la academia una idea que viene perdurando y que no hemos discutido a fondo, y que es la idea de áreas que dan prestigio y áreas marginales; y hasta en el Sistema Nacional de Investigadores tiene que ver. Los que nos dedicamos a las áreas marginales no merecemos ascensos, no lo digo por nada, ya sé que así es. Me he dedicado toda mi vida a las áreas marginales, de manera que ya sé lo que es, no hay problema con eso; y los que se dedican a las áreas de prestigio, a esos sí pues hay que impulsarlos, hay que darles todos los apoyos. Y esto es muy importante porque está en todas las academias. En Europa, por ejemplo, el que se dedica a estudiar América Latina, ¡no tiene prestigio!, ¡cómo es posible comparar a un historiador europeo del Medioevo, con alguien que estudia la historia antigua del Perú!, ¡por Dios Santo! Eso no tiene ninguna comparación. Y esto nos sucede también en la academia mexicana: estudiar el área nómada no da prestigio. Incluso véanlo con los arqueólogos; se cuentan con la mano el número de los arqueólogos que estudian el área nómada. Al frente de ellos está, y en una tarea titánica de años, Tita Braniff, nuestra maestra, que vive en Colima. Hace poco, dos o tres años, editó un libro que se llama *La Gran Chichimeca*,³ donde escriben los arqueólogos que estudian esta área. Ahí está Marie Aretti Hertz, la otra gran arqueóloga del área chichimeca, y hay tres o cuatro más que estudian a los nómadas y semi-nómadas.

Pero no se crean, no es sólo una cuestión de academia mexicana. En el caso mapuche, yo me acuerdo que tuve de profesor a Luis Faron, que era el gran antropólogo de los mapuche. Durante años el libro de Faron fue el único que vimos escrito por antropólogos sobre los mapuche. Faron incluso se quejaba de que su libro pasaba desapercibido. Hasta que escribió algo sobre los mazahuas empezó la academia antropológica a medio fijarse en quién era este señor Luis Faron, que escribía sobre los mapuches.

Eso, sin duda alguna, hace que nos preguntemos acerca de cuál es entonces la motivación de un arqueólogo, o de un historiador mexicano a la hora de escoger su tema de investigación. ¿Debe

³ | *La gran chichimeca: el lugar de las rocas secas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Jaca Book, 2001.

ser la búsqueda de prestigio, de la aceptación de sus pares, la guía de su quehacer, de su devenir profesional? ¿Tiene esto algo que ver con el hecho de que el lugar de formación por excelencia de los arqueólogos mexicanos se encuentre en el centro del país, donde precisamente trabajó Kirchoff? ¿Cómo romper con los estereotipos profesionales y la marginalidad de ciertas áreas?

A.F.

Ciertamente, los arqueólogos mexicanos se van al sur, porque lo que da prestigio es... ¡hombre! descubrir la tumba de la Reina Roja de Palenque. Porque además, con eso de que la rebelión de los indígenas es la de los pueblos mayas, pues ¡caramba!, estar descubriendo el pasado glorioso de los mayas, eso da muchísimo prestigio. Y de eso los mayas no tienen la culpa, por supuesto. Por supuesto que es muy importante estudiar a los mayas. Lo que estoy diciendo es que sí tenemos también en la academia esta idea de que hay áreas marginales que no valen la pena como tema, y hay áreas que otorgan un gran prestigio, que son las que hay que seguir trabajando.

Y eso nos lleva a Mesoamérica. Kirchoff, cuando propuso su división, quería distinguir entre el área de los cultivadores complejos, y luego todos los otros pueblos. Es decir, los únicos que valían la pena pues, como núcleo para estudiar, eran cultivadores complejos. Y de aquí nace el mito o la idea —perdón por el uso de la palabra mito— la idea mejor dicho, el planteamiento de las grandes civilizaciones. Las grandes civilizaciones son aquellas que construyeron una agricultura tremendamente compleja, son aquellas que hicieron obras de irrigación tremendamente complicadas, son aquellas que construyeron estados, ciudades-estados incluso a la manera griega. Por ejemplo, Alfonso Caso, para no quedarnos atrás de los griegos, salió con la propuesta del Clásico, Preclásico, Postclásico, porque así se clasifica la historia griega. Y todavía seguimos hoy manejando eso. No dice nada Clásico, Postclásico, Preclásico. No dice nada, pero bueno, lo seguimos manejando. Los arqueólogos siguen hablando en esos términos, y se sigue haciendo la distinción: Mesoamérica es lo brillante, el indígena histórico que vale la pena recordar al país, y luego está lo otro, y entre esos otros están los chichimecas.

Precisamente a eso queríamos llegar, a esa distinción de nosotros los civilizados frente a los otros, los salvajes. Esa alteridad presente a lo largo de la historia del país, pero especialmen-

te en el siglo XIX, cuando se reinventa el territorio nacional y “lo mexicano”. ¿Qué lugar ocupa la “Gran Chichimeca” dentro del imaginario de esa nación? ¿Hasta qué punto esa noción de “Gran Chichimeca” como región implica revisar el presupuesto generalmente aceptado de que el sedentarismo es superior al nomadismo?

A.F.

Aunque es un tema fascinante, no me voy a extender mucho, simplemente voy a leer para continuar con esto, cómo hay una visión desolada del norte; una visión totalmente desolada del norte por una parte de la intelectualidad mexicana, que además lo repite. Lo hace angustiosamente. Por ejemplo, un parrafito de José Vasconcelos. Hablaba Don José con el general Antonio Villarreal, nativo de por aquellos lares, de Nuevo León. Vasconcelos lo acompañaba en un viaje por el Norte que le motivó a escribir lo siguiente:

“Regresamos una vez a Monterrey para compartir la gira de Villarreal (Villarreal era de Lampazos, Nuevo León) para acompañar a Villarreal por algunas aldeas —fijense— por algunas aldeas de Nuevo León. De entre ellas su propia tierra Lampazos. —Y dice Vasconcelos— a cualquiera de estos caseríos sin pavimento ni tradición municipal, se le llama entre nosotros ciudad. Lamentable y simpático es Lampazos, que bien pudiera pasar por pueblo típico de la frontera. Le falta a Lampazos, ya se ve, el lustre arquitectónico de las aldeas del interior de México. Quien haya recorrido la sierra de Puebla, la meseta de Oaxaca, ya no digo el Bajío y Jalisco, comprenderá enseguida la impresión del mexicano del interior cuando avanza hacia el norte. Todo es barbarie. Mientras se llega a Nueva York, donde ya cuajó una cultura distinta de la nuestra, pero al fin cultura. Entre estas dos civilizaciones, la española mexicana que tiene de foco la capital mexicana, y la anglosajona, que tiene por núcleo a Nueva York y a Boston, hay una extensa —y lo dice en inglés— *no men's land*, es decir, un desierto del espíritu, un desierto de los hombres, de la obra humana”. Esto lo dice Vasconcelos, y termina diciendo: “una barbarie con máquinas y rascacielos en la región sajona, barbarie con imitación de máquinas y rascacielos en la región mexicana del norte”.

Esa visión desolada, esta continuidad, pues, es una descripción de los chichimecas, la tierra de las rocas secas, donde no hay nadie. Voy a terminar diciendo lo siguiente: me parece que

no podemos darnos el lujo de comparar pueblos en términos de inferiores y superiores, sino que tenemos que entender a los pueblos en sus estrictos contextos, y aquí el concepto de contexto es fundamental. Los chichimecas ni fueron tampoco almas buenas ni puras, santos ni víctimas, ni los aztecas fueron como se romantiza. Ambos fueron núcleos de pueblos con sus defectos y sus virtudes, que supieron manejar muy bien sus entornos. Si alguien supo manejar el desierto o las tierras áridas o semi-áridas, fueron los chichimecas. Si alguien supo vivir en un territorio que no es, en general, propicio para la agricultura, fueron los chichimecas. La civilización actual ha causado a veces desastres por no respetar la vocación que tienen las áreas naturales y forzarlas a que hagan algo que no está, digamos, en su potencial original. Entonces, los chichimecas eran nómadas porque esa era la mejor manera de adaptarse a la vida del desierto, esa era la mejor forma. Y también yo propongo que nos pongamos a discutir en otra ocasión qué queremos decir por nómadas, porque si vamos a entender por nómadas gente que anda caminando todos los días y todo el día, pues estamos mal, no es cierto. El nomadismo es una forma de vida. Veán, por ejemplo, Ulan Batur, la capital de Mongolia; en épocas Ulan Batur es una urbe de millones de habitantes, y en otras nada más queda la burocracia. Desaparecen las calles de Ulan Batur, porque sus habitantes se van; van y vienen. Eso es el nomadismo; no es que estén caminando todos los días y todo el día, es una forma de manejar el medio ambiente y de manejar un concepto histórico.

Sobre ese mismo tema, hay otra asociación dentro de nuestro imaginario que el público presente en la mesa redonda de la FIL no dejó de destacar: nomadismo e insubordinación. En un momento determinado, se preguntó si eran paralelos, e inclusive si es a partir del nomadismo que nace la insubordinación.

A.F.

Pues no. No todos los nómadas eran rebeldes. Es más, los españoles empezaron a llamar a los pueblos que los mexicanos llamaban chichimecas “caribes”, y caribe, según los españoles, es el rebelde, el que no deja de pelear nunca. Y caribes eran los habitantes originales de las islas caribeñas; y les dijeron caribes por la fiereza. A tal grado resistieron, que los mataron a todos. Y cuando se enfrentan los castellanos con los mayas, les vuelven a poner caribes porque eran muy belicosos.

Hoy en día, fíjense nada más, las aldeas lacandonas, en plena selva chiapaneca, se llaman caribales, que no es un término maya, es un término español, "caribal", en donde viven los caribes. Y entonces la palabra caribe, el concepto caribe, se aplica también en un primer momento a los chichimecas. Y dicen los españoles: éstos son "caribes" también, difíciles de dominar. Acuérdense también que la guerra chichimeca de la que nos ha hablado con una gran sapiencia el doctor Carrillo Cázares, Don Alberto, dura doscientos años. Es decir, una guerra muy prolongada. Pero también los mayas resistieron tiempo largo en la profundidad de las selvas.

Estos pueblos que quedaron al norte de la ciudad de México, al norte del río Santiago aquí en Jalisco, son pueblos que contribuyeron de manera significativa en la formación de la nación mexicana; y eso se nos ha olvidado por aquello de que los chichimecas no cuentan, de que no es prestigioso estudiar áreas sobre las que nadie quiere escribir.

Pero no estamos discutiendo eso, sino cómo se forja una idea desolada de una tierra y de su gente, y de cómo esa idea desolada pasa a la academia y la repetimos, y cómo hay que ejercer, desde mi punto de vista, atendiendo a las provocaciones, una crítica analítica, una crítica profunda de estas concepciones para situar en su justo plano la contribución que estos pueblos han hecho a la forja de la nación. Finalmente, recuerden ustedes que alrededor de las grandes rebeliones chichimecas se forjan las primeras ideas de independencia mexicana, y eso no se les ha reconocido. La primera gran alianza contra el colonialismo español viene de los chichimecas, porque ellos estaban en las condiciones para hacerlo. Tenamaztli es el gran arquitecto de esa primera gran rebelión. Tenamaztli plantea una problemática muy compleja, que era la alianza de todos los pueblos chichimecas para que el invasor europeo, en ese caso los castellanos, se fueran otra vez del otro lado del mar, y "después nos arreglamos nosotros", decía Tenamaztli. Bueno, Tenamaztli, ustedes lo saben, fue a parar con sus huesos allá a España, y allá se murió en un calabozo en Castilla, en las profundidades de Castilla, en la ciudad de Valladolid.

Así, la idea, digamos actual, de Gran Chichimeca, hay que discutirla mucho en términos de cómo surgió nuestro seminario permanente. Me parece que la idea que vertebró al Seminario es la reivindicación de una historia, la reivindicación de una tra-

dición cultural que no aparece en el imaginario del pueblo mexicano, y que habría que colocarla en su contexto.

Ciertamente, hay un gran número de investigadores de diversas disciplinas dentro del Seminario que trabajan arduamente para lograr esa reivindicación. Siendo así, de seguro nos podrá responder a una inquietud que nos parece crucial, especialmente para aquellos que no somos expertos en el tema, y que continuamente hizo su aparición entre el público presente en la mesa redonda. Esto es, qué se entiende por chichimeca; quiénes eran los chichimecas y cuáles eran sus características principales. Hubo el comentario de que se le daba un doble significado literal: “linaje de perro” y “los que portan una cinta roja en la cabeza”. Sin embargo, parece haber una gran confusión al respecto.

A.F.

Pues sí, ya dije antes que fueron los mexicas los encargados de acuñar el término, y llamaron chichimecas a todos los pueblos que vivían hacia el norte, digamos de La Quemada para arriba, y por supuesto toda la Cañada del suroeste de Zacatecas, la de Juchipila. Esos eran los chichimecas. Y por chichimecas querían dar a entender que eran pueblos que no viven de la agricultura: pueblos errantes, pueblos nómadas. A sí mismos los chichimecas no se llamaban así. O sea, fíjense, aquí lo interesante es que finalmente una visión peyorativa del otro es lo que los homogeneiza. A ojo de los mexicas existen los chichimecas. Todos son iguales. Pero para los chichimecas no es cierto. Los chichimecas son los guachichiles, que esos sí quieren decir cabeza colorada; son los tecuexes, son los cocas, y un número importante de pueblos.

Entonces la primera cosa que hay que quitarnos de la cabeza es que los chichimecas son todos iguales y son un mismo pueblo, eso no es cierto. Son una miríada de pueblos, yo creo que incluso todavía no tenemos la lista completa. Es una multitud sorprendente de pueblos que habitan este vasto norte, que incluye al Suroeste de los Estados Unidos.

¿Qué es, entonces, esta propuesta académica del concepto La Gran Chichimeca? Lamentablemente no se contó con la presencia de un arqueólogo en la mesa, pero probablemente usted pueda explicar, aunque sea brevemente, el papel tan importante que tiene la arqueología de los años recientes en la propuesta misma del concepto.

Así es. Justamente, el concepto de Gran Chichimeca está por construirse. Por eso es que todavía no podemos aprehenderlo en forma exacta. Lo estamos construyendo, y en su construcción puede haber el desecharlo, por qué no. Pero sí es muy importante que nos pongamos de acuerdo de qué estamos hablando. Por el momento, desde mi punto de vista Gran Chichimeca es reivindicar una historia, reivindicar una miríada de culturas que no están en el imaginario de nuestra sociedad, y que ni siquiera están en los libros. Empiezan a estarlo. Esto es apoderarse de ese otro, pero desde la perspectiva del otro, y traerlo a la discusión de la academia contemporánea, y más allá de la academia, proponerle esa discusión a la sociedad mexicana.

Y dentro de esta construcción, dentro de esa interdisciplinariedad que implica el estudio de “La Gran Chichimeca”, los arqueólogos son muy importantes para la discusión de la periodización de la historia, que es fundamental, porque si no, nos vamos a perder en la discusión. Es una discusión que tiene múltiples posibilidades políticas actuales. La arqueología norteamericana insiste en llamarle el Gran Suroeste, porque es el suroeste de Washington, es decir, el de ellos. Y ahí está el norte de México. Y desde aquí insistimos en llamarle la Gran Chichimeca. Algunos dicen que ni los unos ni los otros, usemos el término de Kirchoff, Árida-América, que no quiere decir nada ¿no? Áridoamérica, como tampoco Mesoamérica. Lo que pasa es que Kirchoff le dio el contenido al término Mesoamérica con el impresionante trabajo que hizo de localización de rasgos culturales comunes, como ustedes saben bien. Pero se da ahí una discusión interesantísima que es: el Gran Suroeste o la Gran Chichimeca. ¿Cuál de estos dos es el correcto? Si ustedes leen a los arqueólogos y etnólogos norteamericanos van a leer el Gran Suroeste. Si ustedes leen a los etnólogos, arqueólogos, historiadores mexicanos, van a leer La Gran Chichimeca. Son dos puntos de vista que provienen de dos contextos históricos muy distintos.

Y además, la periodización de la historia es fundamental y no la hemos hecho. Es una historia que transcurre de manera distinta a como transcurre la historia en los valles centrales y por supuesto, en la zona maya. Con la zona maya hay, de paso, un problema también muy interesante, porque los mayas ocuparon un territorio de trescientos treinta mil kilómetros cuadrados, que incluye todo el sur de México, parte de Centroamérica, hasta el golfo de Nicoya, precisamente. Eso es el territorio maya.

Varias intervenciones de los asistentes giraron en torno a la noción de frontera. ¿Qué vamos a determinar como tal? No es lo mismo la frontera política que la frontera natural; la establecida por los gobiernos de México y de Estados Unidos, frente a ese enorme desierto internacional que impone sus propias reglas y determina la forma en la que sus habitantes deben desenvolverse para sobrevivir en un medio hostil al ser humano.

A.F.

Pues sí. Es muy curioso cómo en nuestro país sigue existiendo el concepto de frontera como único, y siempre hacia el norte. Los mexicanos decimos la frontera, y no nos ponemos a pensar que hay una frontera sur también; la frontera es el norte. Y en términos del imaginario tapatío, el norte siempre ha significado algo muy malo. Del norte viene la Luz del Mundo, que le vino a dar en toda la torre al catolicismo profundo de los tapatíos. En el norte, para colmo de males, en Colotlán, nació el traidor Victoriano Huerta; otra, ¿verdad? Y en el norte, para colmo, viven los huicholes, es decir los indios, entonces, para qué estamos hablando. Como me decía aquí un día un arquitecto de la crema y nata de la sociedad tapatía: “Del norte del río Santiago para allá, pos... quién sabe..., ¿verdad?” Es decir, es del sur del río Santiago pa’ ca’; del norte ¿quién sabe? Y ustedes mismos lo pueden constatar. Es hasta 1986 que se hace la carretera a Colotlán. Así que es impresionante. Todavía en la actualidad el norte, es decir, el norte de Jalisco, sigue siendo una región apartada, remota, como la llamé Bassols Batalla. Bueno, pues eso llévenlo al norte norte, y esta visión del Norte, como una frontera que nos separa de un mundo como es Estados Unidos. Y llévenlo también a esa visión desolada del norte.

Voy a terminar con un párrafo que escribió Manuel Payno a propósito de la ciudad de Reynosa, Tamaulipas, en 1843. Dice: “Decididamente, estos son unos países sin recuerdos y sin porvenir. Sin recuerdos porque eso se queda para esas viejas ciudades de la Europa que han tenido arquitectos y ruinas; capitales de historia. Como decía el poeta, pintor y pintura. Sin porvenir, porque amenazados por los bárbaros y texanos” (Así es, o sea: el texano es una especie de bárbaro —Bueno, Bush—) “Sin porvenir, porque amenazados por los bárbaros y texanos, las tasas de población pasarán años y siglos sin que mejoren un punto. Contentémonos con que no desaparezcan”.

Andrés Fábregas, intentemos una recapitulación:

La propuesta de la Gran Chichimeca, si no me equivoco, recoge primero una denominación peyorativa que es la idea de *lo chichimeca*. Y, recogiendo esa idea peyorativa que ha permeado por lo menos cinco siglos, pero seguramente más, de nuestro imaginario histórico, de manera muy novedosa, en una intersección de disciplinas distintas, se ha llegado a la propuesta de un concepto en construcción que es la Gran Chichimeca. Un concepto que buscaría revertir precisamente el carácter peyorativo de la idea de *lo chichimeca*. Es decir, partir de recuperar esa misma idea, pero presentarla positivamente para tratar de trabajar sobre una historia, o muchas historias, una gran diversidad de actores, una miríada de actores, como ya decías, sin periodización específica.

Eso, desde una ciudad como Guadalajara, tan temerosa de ese norte “bárbaro”, como también subrayaste, una ciudad al borde —quisiera señalarlo— de la Gran Chichimeca, es decir, tan al borde que con un poquito más que la empujen se nos cae en ella, va a caer en ella, permite repensar no solamente esa alteridad, sino que obliga a repensarnos. Como se dijo en la mesa redonda de la FIL por parte del público, y que era una de las inquietudes de la provocación: trabajar sobre esa idea de la Gran Chichimeca obliga a repensar no solamente la historia de esa área, sino la historia de los valles centrales de México y de nuestras fronteras, no solamente hacia el norte, sino también hacia el sur. En ese sentido es repensarnos en términos más amplios, es una reivindicación de presencia en la historia, de presencia de actores, de presencia de regiones, que obliga también a revisar a los que ya estaban formalmente incluidos y cómo lo están.

Lo que no quiere decir, y eso me parece que quedó también muy claro, tampoco desvalorar a los que ya estaban. No se trata de incluir para excluir. En ese sentido, también es una discusión permanente, es decir, es una reescritura de historia, que también es una re-explicación, y ojalá que pueda tener eco mucho más allá de la academia, y que pudiéramos llegar al momento en que cualquier individuo, sin necesidad de ser investigador, o de estar especialmente interesado en cuestiones de historia, tuviera una idea menos maniquea de cómo se ha construido nuestra identidad actual, cuál es el territorio que ocupa nuestra nación, pero también los que le están históricamente vinculados y quiénes somos.

A.F.

Coincido con el colofón que agregan los editores de *Takwá*. Sólo agrego que hago votos para que el Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca sea capaz de situar a todos esos pueblos en el contexto que les corresponde como co-constructores de una nación.

Recomendaciones bibliográficas acerca de “La Gran Chichimeca”.

Carrillo Cázares, Alberto (paleógrafo y editor), *Guerra de los chichimecas (México 1575—Zirosto 1580)*, México, El Colegio de Michoacán / Universidad de Guanajuato, 1999.

Carrillo Cázares, Alberto, *El debate sobre la guerra chichimeca, 1531—1585*, México, El Colegio de Michoacán/ El Colegio de San Luis, 2000.

Braniff, Beatriz (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas*, México, CONACULTA, 2001.

Valdés, Carlos Manuel, *La gente del mezquite. Los nómadas del noreste de la Colonia*, Tlalpan, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social—Instituto Nacional Indigenista, 1995.